Arniches escribió, producción que está entre lo mejor del teatro español de nuestro tiempo. Es éste un libro lleno de vida. Nos presenta un Arniches que se mueve como un ser humano, con sus alegrías, sus triunfos, sus dudas y sus abatimientos. La abundancia de los materiales, las noticias, los pormenores, no son en ningún caso simples datos desprovistos de calor humano, sino que están pasados por el tamiz de la aportación verdadera al conocimiento de un hombre y una obra, de un ambiente, de una vida. Vicente Ramos, original y personal en su biografía-estudio, sabe sacar de cada uno de los datos que maneja la consecuencia que sirva para enriquecer la visión del biografiado.

La bibliografía que ha recogido el autor del libro está dividida en varias partes: *a*) literatura no teatral; *b*) epistolario; *c*) literatura dramática; *d*) películas realizadas con argumentos de Arniches; *e*) estudios publicados en libros, periódicos y revistas sobre la obra del dramaturgo. Para proporcionar una idea de lo exhaustivo de este trabajo, baste señalar que se registran en él treinta y tres películas basadas en obras de Arniches. Finalmente, el libro se enriquece con la inclusión de dos apéndices. En el primero se publica un vocabulario familiar del habla madrileña, extraído de las obras de Arniches, y en el segundo el sainete *¡San Isidro bendito!*, que no había sido recogido en la edición de las *Obras completas* de Arniches. El libro contiene además abundante material fotográfico de todas las épocas de la vida del dramaturgo y de algunos acontecimientos teatrales de su tiempo.

No cabe la menor duda de que éste es el estudio más completo sobre Arniches que se ha hecho hasta el momento, y que será en lo sucesivo una de las bases fundamentales para su conocimiento, así como una interesante aportación al estudio del teatro español de toda su época.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

Palma de Mallorca.

EMILIO PRADOS, *Últimos poemas*. Librería Anticuaria El Guadalorce, Málaga, 1965.

En la nota preliminar puesta al frente del último libro de Emilio Prados, se nos advierte que, al fin de su vida, el poeta dejó tres carpetas con los materiales del libro en que trabajaba al

sorprenderle la muerte. Ese material poético no era indudablemente el definitivo, sino sólo una fase, más o menos, avanzada, de lo que un día habría de ser su trabajo definitivo. Aprovechando esos materiales, los amigos malagueños de Emilio Prados han seleccionado un libro, que nos ofrecen ahora con el título de *Últimos poemas*.

No hay duda de que estos poemas, que comenzaron a escribirse hacia octubre de 1961, habrían experimentado —de no morir su autor en México el 24 de abril de 1962— notables modificaciones, ya que Emilio Prados volvía con mucha frecuencia sobre sus textos, hasta que los daba por definitivos. No obstante ello, estos poemas proporcionan una prueba indudable de la alta calidad poética de Emilio Prados: ellos, por sí solos, si nada de su anterior obra nos fuera conocida, darían la medida de su singular importancia y de su significado como poeta.

Emilio Prados dentro de su generación —tal vez la más importante de la poesía española en cuanto a generación global se refiere—, es un caso aparte. Amigo de todos los poetas que la componían, editor de muchos de sus versos, se mantiene siempre como tímidamente apartado, en un discreto segundo plano, aunque su obra, su influencia y su directa actividad personal sean a veces muy significativas y visibles. Prados poseía una particular distinción, que determina que su figura sea, tanto como su obra, atrayente como una flor silvestre que crece espontánea. Así nos encontramos con versos en los que, sin componer una figura retórica, nos muestra sencilla y trágicamente la realidad de una existencia doliente:

Mi edad no la conozco.
Mi nacionalidad, mi cuerpo:
un oscuro bullir como en espiral;
una emoción de cuerda que me tuercen;
un silencio que zumba y zumba y sube,
y se aprieta,
exprime un peso, y vuelve a ir,
asciende y queda
al otro pie de lo infinito:
Un enjambre finísimo de razas
—momento de hoy—
trozo colgante en plena vida abierta soy.

Poesía íntima, en la que la experiencia y la expresión del mundo se manifiestan a través de la propia personalidad del poe-

ta. Poesía sencilla, discreta, llena de sutiles resonancias, de sugerencias de misterio, a pesar de tratarse de una poesía de realidades concretas, de una concreta realidad: la vida del poeta, por la que confluyen las circunstancias de los acontecimientos de la humana y actual existencia.

La poesía es para Emilio Prados el instrumento necesario para expresar su conocimiento del mundo, para interrogarle y para interrogarse a sí mismo. Poesía llena de lirismo, de finura, de suavidades, de matices, como si transcurriera en el límite de la palabra y el silencio. Se advierte a través de ella que la aspiración de Emilio Prados era la del silencio. A ello tienden sus versos; y dado que irremisiblemente ha de usar en ellos de las palabras, procura servirse de ellas en la manera más discreta posible, como si fueran leves hojas del árbol que el viento balancea un instante. Pero siempre es un hombre lo que hay detrás de esas leves palabras; un hombre preocupado por su existencia y la de los demás; pero un hombre discreto, sencillo y doliente, que no hace de su tragedia y de su testimonio un uso desmesurado, sino que la expresa como la sentida y convencida conformidad del radical dolor de la vida, del dolor que cada persona ha de aceptar para sí, aunque haya de procurar alejarlo de los demás.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

Palma de Mallorca.

HOWARD NEMEROV (ed.), *Contemporary American Poetry*, Washington, D. C., Voice of America Forum Lectures, 1964; 311 pp.

La publicación de diecinueve conferencias radiodifundidas por la Voz de América, que estuvieron a cargo de sendos poetas norteamericanos representativos, tiene el mérito de presentar, a los interesados en conocer las más recientes direcciones de la poesía contemporánea en los Estados Unidos, un enfoque original y más directo que el que, por lo común, ofrecen el ensayo literario o la conferencia académica.

El coordinador, Howard Nemerov, propuso a los conferenciantes cuatro preguntas generales: